

Supo que había llegado de nuevo el otoño, porque Torry entró retozando en la casa, trayendo con él un refrescante olor a otoño. En cada uno de sus perrunos rizos negros llevaba una muestra del otoño: tierra húmeda, con la humedad peculiar de aquella estación, y hojas secas, color de oro pajizo. El perro olía exactamente igual que el otoño.

Martin Christie se incorporó en la cama y alargó una mano pálida y pequeña. Torry ladró y exhibió una generosa longitud de lengua, la cual pasó una y otra vez por el dorso de la mano de Martin. Torry la lamía como si fuera una golosina. «A causa de la sal», declaró Martin, mientras Torry se encaramaba a la cama de un salto.

—Baja —le advirtió Martin—. A mamá no le gusta que te subas a la cama. —Torry aplastó sus orejas—. Bueno... —condescendió Martin—. Pero sólo un momento, ¿eh?

Torry calentó el delgado cuerpo de Martin con su calor perruno. Martin aspiró intensamente el olor que se desprendía del perro, un olor a tierra húmeda y a hojas secas. No le importaba que mamá gruñera. Después de todo, Torry era un recién nacido. Recién salido de las entrañas del otoño.

—¿Qué has visto por ahí, Torry? Cuéntamelo.

Tendido allí, Torry se lo contaría. Tendido allí, Martin sabría qué aspecto tenía el otoño; como antes, cuando la enfermedad no le había postrado en la cama. Ahora, su único contacto con el otoño era el perro, con su olor a tierra húmeda y a hojas secas, color de oro pajizo.

—¿Dónde has estado hoy, Torry?

Pero Torry no tenía que contárselo. Martin lo sabía. Había trepado hasta lo alto de una colina, por un sendero tapizado de hojas secas, para ladrar desde allí su canino deleite. Había vagabundeado por la ciudad pisando el barro formado por las intensas lluvias. Allí había estado Torry.

Y los lugares visitados por Torry, podían ser visitados después por Martin; por que Torry se los revelaba siempre por el tacto, a través de la humedad, la sequedad o el encrespamiento de su piel. Y, tendido en la cama, con la mano apoyada sobre Torry, Martin conseguía que su mente reconstruyera cada uno de los paseos de Torry a través de los campos, a lo largo de la orilla del río, por los senderos bordeados de tumbas del cementerio, por el bosque... A través de su emisario, Martin podía ahora

establecer contacto con el otoño.

La voz de su madre se acercaba, furiosa.

Martin empujó al perro.

—¡Baja, Torry!

Torry desapareció debajo de la cama en el mismo instante en que se abría la puerta de la habitación y aparecía mamá, echando chispas por sus ojos azules. Llevaba una bandeja de ensalada y jugos de fruta.

—¿Está Torry aquí? —preguntó.

Al oír pronunciar su nombre, Torry golpeó alegremente el suelo con la cola.

Mamá dejó la bandeja sobre la mesilla de noche, con aire impaciente.

—Ese perro es una calamidad. Siempre está metiendo las narices por todas partes y cavando agujeros. Esta mañana ha estado en el jardín de miss Tarkins, y ha excavado un enorme agujero. Miss Tarkins está furiosa.

—¡Oh! —Martin contuvo la respiración.

Debajo de la cama no se produjo el menor movimiento. Torry sabía cuándo tenía que mantenerse quieto.

—Y no es la primera vez —dijo mamá—. ¡El de hoy es el tercer agujero que cava esta semana!

—Tal vez está buscando algo.

—Lo que se está buscando es un disgusto. Es un chafardero incorregible. Siempre está metiendo las narices donde no le importa. ¡Dichosa curiosidad!

Hubo un tímido pizzicato de cola debajo de la cama. Mamá no pudo evitar una sonrisa.

—Bueno —concluyó—, si no deja de cavar agujeros en los patios, tendré que atarle y no dejarle salir más.

Martin abrió su boca de par en par.

—¡Oh, no, mamá! ¡No hagas eso! Si lo hicieras, yo no sabría... nada. Él me lo cuenta todo.

La voz de mamá se ablandó.

—¿De veras, hijo mío?

—Desde luego. Sale por ahí y cuando regresa me cuenta todo lo que ocurre.

—Me alegro de que te lo cuente todo. Me alegro de que tengas a Torry.

Permanecieron unos instantes en silencio, pensando en lo que hubiera sido el año que acababa de transcurrir, sin Torry. Dentro de dos meses, pensó Martin, podría abandonar el lecho, según decía el médico, y salir de nuevo a la calle.

—¡Sal, Torry!

Murmurando palabras cariñosas, Martin ató la nota al collar del perro. Era un cartoncito cuadrado, con unas letras dibujadas en negro:

Me llamo Torry. ¿Quiere hacerle una visita a mi dueño, que está enfermo? ¡Sígueme!

La cosa daba resultado. Torry paseaba aquel cartoncito por el mundo exterior, todos los días.

—¿Le dejarás salir, mamá?

—Sí, si se porta bien y no cava más agujeros.

—No lo hará más. ¿Verdad, Torry?

El perro ladró.

* * *

El perro se alejó de la casa, en busca de visitantes. El día anterior había traído a mistress Holloway, de la Elm Avenue, con un libro de cuentos como regalo; el día antes Torry se había sentado sobre sus patas traseras delante de mister Jacob, el joyero, mirándole fijamente. Mister Jacob, intrigado, se había inclinado a leer el mensaje y se había apresurado a hacerle una corta visita a Martin.

Ahora, Martin oyó al perro regresando a través de la humeante tarde, ladrando, corriendo, ladrando de nuevo...

Detrás del perro, unos pasos ligeros. Alguien tocó el timbre de la puerta, suavemente. Mamá respondió a la llamada. Unas voces hablaron.

Torry corrió escaleras arriba, se encaramó al lecho de un salto. Martin se inclinó hacia delante, excitado, con los ojos brillantes, para ver quién subía a visitarle esta vez. Quizás miss Palmborg, o mister Ellis, o miss Jendriss, o...

El visitante subía la escalera hablando con mamá. Era una voz femenina, juvenil, alegre.

Se abrió la puerta.

Martin tenía compañía.

* * *

Transcurrieron cuatro días, durante los cuales Torry hizo su trabajo, informó de la temperatura ambiente, de la consistencia del suelo, de los colores de las hojas, de los niveles de la lluvia, y, lo más importante de todo, trajo visitantes.

A miss Haight, otra vez, el sábado. Miss Haight era la joven sonriente y guapa con el brillante pelo castaño y el suave modo de andar. Vivía en la casa grande de Park Street. Era su tercera visita en un mes.

El domingo vino el reverendo Vollmar, el lunes miss Clark y mister Henricks.

Y, a cada uno de ellos, Martin le explicó su perro. Cómo en primavera olía a flores silvestres y a tierra fresca; en verano tenía la piel caliente y el pelo tostado por el sol; en otoño, ahora, un tesoro de hojas doradas ocultas entre su pelaje, para que Martin pudiera explorarlo. Torry demostraba este proceso a los visitantes, tendiéndose boca arriba, esperando ser explorado.

Luego, una mañana, mamá le habló a Martin de Miss Haight la joven guapa y sonriente.

Estaba muerta.

Había fallecido en un accidente de automóvil en Glen Falls.

Martin estaba cogido a su perro, recordando a Miss Haight, pensando en su modo de sonreír, pensando en sus brillantes ojos, en su maravilloso pelo castaño, en su delgado cuerpo, en su andar suave, en las bonitas historias que contaba acerca de las estaciones y de la gente.

Ahora está muerta. No sonreiría ni contaría historias nunca más. Porque estaba muerta.

—¿Qué hacen en la tumba, mamá, debajo del suelo?

—Nada.

—¿Quieres decir que se limitan a estar tendidos allí?

—A descansar allí —rectificó mamá.

—¿A descansar allí...?

—Sí —dijo mamá—. Eso es lo que hacen.

—No parece que tenga que ser muy divertido.

—No creo que lo sea.

—¿Por qué no se levantan y salen a dar un paseo de cuando en cuando si están cansados de estar allí?

—Bueno, ya has hablado bastante por hoy —dijo mamá.

—Sólo quería saberlo.

—Pues ahora ya lo sabes.

—A veces creo que Dios es tonto.

—¡Martin!

Pero Martin estaba lanzado.

—¿No crees que podría tratar mejor a la gente, y no obligarla a permanecer allí tendida, sin moverse? ¿No crees que podría encontrar un sistema mejor? Cuando yo le digo a Torry que se haga el muerto, lo hace durante un rato, pero cuando se cansa mueve la cola, y parpadea, y le dejo que se levante y salte a mi cama... Apuesto lo que quieras a que a esas personas que están en la tumba les gustaría poder hacer lo mismo, ¿verdad Torry?

Torry ladró.

—¡Basta! —dijo mamá, en tono firme—. ¡No me gusta que hables de esas cosas!

* * *

El otoño continuó. Torry corrió a través de los bosques, a lo largo de la orilla del río, por el cementerio, como era su costumbre, y arriba y abajo de la ciudad, sin olvidar nada.

A mediados de octubre, Torry empezó a obrar de un modo muy raro. Al parecer, no podía encontrar a nadie que viniera a visitar a Martin. Nadie parecía prestar atención a su cartoncito. Pasó siete días seguidos sin traer a ningún visitante. Martin estaba profundamente desilusionado por ello.

Mamá se lo explicó.

—Todo el mundo está ocupado, hijo mío. La guerra, y todo eso... La gente tiene otras preocupaciones para andar leyendo los cartoncitos que un perro lleva colgados al cuello.

—Sí —dijo Martin—, debe de ser eso.

* * *

Pero la cosa era algo más complicada. Torry tenía un extraño brillo en los ojos. Como si en realidad no buscara a nadie, o no le importara, o... algo. Algo que Martin no conseguía imaginar. Tal vez Torry estaba enfermo. Bueno, al diablo con los visitantes. Mientras tuviera a Torry, todo iba bien.

Y entonces, un día, Torry salió de casa y no regresó.

Martin esperó tranquilamente al principio. Luego... nerviosamente. Luego... ansiosamente.

A la hora de cenar oyó que papá y mamá llamaban a Torry. No ocurrió nada. Fue inútil. No hubo ningún sonido de patas a lo largo del sendero que conducía a la casa. Ningún ladrido desgarró el frío aire nocturno. Nada, Torry se había marchado. Torry no iba a regresar a casa... nunca.

Unas hojas cayeron más allá de la ventana. Martin hundió el rostro en la almohada, sintiendo un agudo dolor en el pecho.

El mundo estaba muerto. Ya no había otoño, porque no había ya ninguna piel que lo trajera a la casa. No habría invierno, porque no habría unas patas humedecidas de nieve. No habría más estaciones. No habría más tiempo. El emisario se había perdido entre el tráfago de la civilización, probablemente aplastado por un automóvil, o envenenado, o robado, y no habría más tiempo.

Martin empezó a sollozar. No tendría ya más contacto con el mundo. El mundo estaba muerto.

* * *

Martin se enteró de que había llegado la fiesta de Todos los Santos por los tumultos callejeros. Pasó los tres primeros días de noviembre tumbado en la cama, mirando al techo, contemplando en él las alternativas de luz y de oscuridad. Los días se habían hecho más cortos, más oscuros, lo sabía por la ventana. Los árboles estaban desnudos. El viento de otoño cambió su ritmo y su temperatura. Pero sólo era un espectáculo en la parte exterior de su ventana, nada más.

Martin leía libros acerca de las estaciones y de la gente de aquel mundo que ahora no existía. Escuchaba todos los días, pero no oía los sonidos que deseaba oír.

Llegó el viernes por la noche. Sus padres iban a ir al teatro. Miss Tarkins, la vecina de la casa contigua, se quedaría un rato hasta que Martin cayera dormido, y luego se marcharía a su casa.

Mamá y papá entraron a darle las buenas noches y salieron al encuentro del otoño. Martin oyó el sonido de sus pasos en la calle.

Miss Tarkins se quedó un rato, y cuando Martin dijo que estaba cansado, apagó todas las luces y se marchó a su casa.

A continuación, silencio. Martin permaneció tendido en la cama, contemplando las estrellas que se movían lentamente a través del cielo. Era una noche clara, iluminada por la luz de la luna. Una noche para vagabundear con Torry a través de la ciudad, a través del dormido camposanto, a lo largo de la orilla del río, cazando fantasmales sueños infantiles.

Sólo el viento era amistoso. Las estrellas no ladraban. Los árboles no se sentaban sobre sus patas traseras con expresión suplicante. Sólo el viento agitaba su cola contra la casa de cuando en cuando.

Eran más de las nueve.

Si Torry regresara ahora a casa, trayendo con él algo del mundo exterior... Un cardo, empapado en escarcha, o el viento en sus orejas. Si Torry regresara...

Y entonces, en alguna parte, se produjo un sonido.

Martin se incorporó en la cama, temblando. La luz de las estrellas se reflejó en sus pequeños ojos. Tendió el oído, escuchando.

El sonido se repitió.

Era tan leve como una punta de aguja moviéndose a través del aire a millas y millas de distancia.

Era el fantástico eco de un perro... ladrando.

Era el sonido de un perro acercándose a través de campos y arroyos, el sonido de un perro corriendo, lanzando su aliento al rostro de la noche. El sonido de un perro dando vueltas y corriendo. Se acercaba y se alejaba, crecía y disminuía, avanzaba y retrocedía, como si alguien lo llevara cogido de una cadena. Como si el perro estuviera corriendo y alguien le silbara desde atrás y el perro retrocediera, dando la vuelta, y echara a correr de nuevo hacia la casa.

Martin sintió que la habitación giraba a su alrededor, y la cama tembló con su cuerpo. Los muelles se quejaron con sus vocecitas metálicas.

El débil ladrido siguió avanzando, creciendo más y más.

¡Torry, ven a casa! ¡Torry, ven a casa! ¡Torry, muchacho, oh, Torry! ¿Dónde has estado? ¡Oh, Torry, Torry!

Otros cinco minutos. Cada vez más cerca, y Martin pronunciando el nombre del perro una y otra vez. Perro malo, perro malvado, marcharse de casa y dejarle solo tantos días... Perro malo, perro bueno, ven a casa, oh, Torry, ven a casa y cuéntamelo todo... Las lágrimas cayeron y se disolvieron sobre el edredón.

Más cerca ahora. Muy cerca. En la misma calle, ladrando. ¡Torry!

Martin oyó su respiración. El sonido de las patas del perro en el montón de hojas secas, en el sendero que conducía a la casa. Y ahora... junto a la misma casa, ladrando, ladrando, ladrando. ¡Torry!

Ladrando junto a la puerta.

Martin se estremeció. ¿Bajaría a abrir al perro, o debía esperar que papá y mamá regresaran a casa? Esperar. Si, tenía que esperar. Pero sería insoportable si, mientras esperaba, el perro volvía a marcharse. No, bajaría a abrir, y su querido perro saltaría a sus brazos otra vez. ¡Torry!

Había empezado a escurrirse de la cama cuando oyó el otro sonido. La puerta que se abría. Alguien había sido lo bastante amable como para abrirle la puerta a Torry.

Torry había traído un visitante, desde luego. Mr. Buchanan, o Mr. Jacobs, o quizás Miss Tarkins.

La puerta se abrió y se cerró y Torry corrió escaleras arriba, entró en la habitación y se encaramó al lecho de un salto.

—¡Torry! ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho toda esta semana?

Martin reía y lloraba al mismo tiempo. Se abrazó al perro. Y entonces dejó de reír y de llorar, repentinamente. Se quedó mirando a Torry con ojos asombrados.

El olor que había traído Torry era... distinto.

Era un olor a tierra. A tierra muerta. A tierra que olía a putrefacción, a tumba. De las patas de Torry se desprendieron pegotes de tierra putrefacta. Y... algo más. Un pequeño trozo blanquecino de... ¿piel?

¿Lo era? ¡Lo era! ¡LO ERA!

¿Qué clase de mensaje le traía Torry? ¿Qué significaba aquel mensaje? La tierra era... la espantosa tierra del cementerio.

Torry era un perro malo. Siempre cavando donde no debía.

Torry era un perro bueno. Siempre haciendo amigos con la misma facilidad. Torry era un perro bueno. Todo el mundo simpatizaba con él. Y Torry traía a la gente a casa.

Y ahora, el último visitante estaba subiendo la escalera: Lentamente. Arrastrando un pie detrás del otro, penosamente, lentamente, lentamente, lentamente.

—¡Torry, Torry! ¿Dónde has estado? —gritó Martin.

Un pegote de tierra húmeda se desprendió del pecho del perro.

La puerta de la habitación se abrió.

Martin tenía compañía.